

Crónica

DE TRIUNFO EN TRIUNFO

Aún resonarán en los oídos del señor marqués de Alhucemas, presidente del Consejo de ministros, los ecos de aquellos aplausos entusiásticos, de aquella ovación con que en la tarde de ayer la mayoría del Congreso y algunos otros sectores de la Cámara premiaran el discurso elocuentísimo, obra maestra de un gubernamental y de un orador extraordinario, con el cual el Sr. García Prieto contestó a la interpelación del Sr. La Cierva sobre política electoral de este Gobierno.

El ex ministro conservador, ese monumento de infimas audacias, cada vez más aficionado a volar a ras de tierra en sus oraciones parlamentarias, había pronunciado un discurso que pretendía ser hábil, pero que estaba lleno de acusaciones injustas y de insidias para el Gobierno, y de apreciaciones, más que irrespetuosas, insultantes para el Tribunal Supremo que por ministerio de la ley había entendido en el estudio de las actas dudosas.

Creo sin duda el Sr. La Cierva poner en un aprieto al Gobierno de Su Majestad. Pero se encontró con la horma de su zapato; y el jefe del Gobierno, más elocuente ayer que nunca tal vez, más cargado de razón que en otras ocasiones, más resuelto, más enérgico, más contundente que jamás hizo, para contestar al Sr. La Cierva, uno de los discursos políticos más hermosos que le hemos oído, y rebatió con fortuna pocas veces alcanzada por nadie, una a una las acusaciones del Sr. La Cierva, y uno a uno pulverizó los cargos que formulara, con voz campanuda y ese ademán de suficiencia característico en el antiguo lugariente del Sr. Maura.

La defensa que el presidente del Consejo hizo de los dignos magistrados del Supremo será recordada siempre por el sentido gubernamental en que se inspiraba y por la sincera elocuente imparcialidad de que toda ella estuvo impregnada. Para un abogado como el Sr. La Cierva, que alardea de sus triunfos forenses ante el más alto Tribunal de la nación, el correctivo que le impuso el jefe del Gobierno fué tremendo y definitivo. Y merecido también, porque es intolerable que por algunos amigos del Sr. La Cierva, no hayan logrado la victoria electoral que buscaban en la última lucha en los comicios, se considere el jefe del grupo ciervista en el derecho de intentar, realizando obra verdaderamente anárquica, el desprestigio de las grandes figuras de la magistratura española que constituyen el Tribunal Supremo de justicia.

El entusiasmo del auditorio sentó sus reales en el salón de sesiones del Congreso mientras peroraba el ilustre estadista que ocupa la cacería del banco azul. Ese entusiasmo se desbordó en varios pasajes del discurso y estalló al fin en una formidable ovación, pocas veces presenciada, al final de la obra oratoria del presidente que vió subrayadas aquellas aclamaciones por la felicitación unánime de sus correligionarios, entre las cuales se destacó con gran relieve la del presidente de la Cámara, cuyo voto es de extraordinaria calidad, y que D. Melquíades Álvarez es una gloria legítima de la Tribuna española y de la Eloquencia universal.

Al texto íntegro del discurso incomparable de Alhucemas, que publicamos por separado y que merecería, si viviéramos en otro país el alto honor del *Affichage*, remitimos a nuestros lectores.

Seguramente que después de leerlo detenidamente, no atribuirán a nuestra pasión política ni a nuestra respetuosa amistad personal, el elogio merecido que enviamos desde aquí por su triunfo parlamentario de ayer, al insigne jefe de la Concentración liberal que, hasta ahora, digen y piensan lo que quieren sus adversarios, camina de éxito en éxito desde que advino a los Consejos de la Corona contra la voluntad (ayer se ha hecho este descubrimiento) del Sr. La Cierva.

La jornada parlamentaria de ayer tuvo su repercusión en la Alta Cámara, donde otro individuo del Gabinete, el Sr. Alba, contestando al discurso que pronunciara el señor conde de la Mortera, obtuvo otro triunfo muy considerable para el partido gobernante.

La enmienda presentada al Mensaje de la Corona por el Sr. Maura, alcanzó por parte del señor ministro de Estado una réplica digna de él, en medio del asentimiento de la mayoría que escuchó atentamente la elocuente palabra de nuestro ilustre amigo que llevó la voz del Gobierno, discutiendo sobre el magno problema de Marruecos, en términos elocuentísimos, que ratifican los planes y propósitos del Gabinete en esa cuestión del más vivísimo interés para España y que constituye una de las mayores preocupaciones ministeriales del presente momento político.

La campaña parlamentaria empieza, pues, bajo excelentes auspicios para el Gobierno.

Una princesa moribunda

La princesa Cristina, tía del Rey Jorge, se ha agravado en el día de hoy, entrando en el período comatoso.

Otro proyecto de desarme

Telegrafían de Ginebra que el coronel francés Requin ha expuesto ante la Comisión de Sociedad de Naciones que entiende el asunto de la reducción de armamentos, un proyecto de Convenio de asistencia mutua.

En este proyecto se reglamenta la asistencia que los Estados firmantes habrían de prestar mutuamente, en el caso de ser agredido alguno de ellos.

Conseguida la reducción de armamentos, mediante las garantías que los Estados adheridos aportaran, éstos prestarían asistencia a toda nación atacada, mediante recomendación en ese sentido de la Sociedad de Naciones.

El Convenio propuesto por el Sr. Requin no lesiona en nada los derechos y acuerdos que se derivan de los diferentes Tratados de paz.

El pleito de las reparaciones Francia rechaza la nota de Alemania.—Inglaterra la mira más benevolente.—Lo que opina Italia

Los diarios franceses se muestran unánimes en hacer constar que la nueva oferta de Alemania es inaceptable, y declaran que la respuesta a ella de los Gobiernos francés y belga está dictada ya por la decisión acordada el miércoles en la Conferencia celebrada en Bruselas por los presidentes y ministros de ambos países, conformes en que no sea examinada ninguna nueva proposición de Alemania en tanto que ésta no cese en su actitud de resistencia pasiva.

Lo mismo se opina en los Centros políticos oficiales.

En la nota, Alemania sugiere la idea de que se encargue a una Comisión internacional de fijar la capacidad de pago de Alemania, lo que es de todo punto inaceptable, por hallarse en contradicción con el Tratado de Versalles, que dispone sea la encargada de fijar y evaluar periódicamente los recursos de Alemania la Comisión de Reparaciones.

El documento hace también alusión, de un modo indirecto, a la moratoria, que habría de durar hasta el día 1 de Julio del año 1927, cosa rechazada de antemano por el jefe del Gabinete francés.

Al ofrecer garantías Alemania, dice, en realidad, no hace más que una concesión aparente, puesto que el artículo 248 del Tratado de Versalles concede a los aliados el privilegio preferente sobre todos los bienes y recursos del Imperio.

Al proponer la reunión de una Conferencia para determinar la forma en que han de efectuarse los pagos, el canciller Kuno da a entender claramente que incluye en el Índice a la Comisión de Reparaciones, y continúa sistemáticamente sin reconocer ni acatar el Tratado de Versalles.

En los Centros ministeriales londinenses guardan gran reserva acerca de su criterio respecto a la última nota alemana, negándose, por tanto, a formular con carácter oficial juicio alguno de las decisiones que podrán adoptar los Gobiernos aliados al examinar el aludido documento.

No obstante, se sabe de un modo oficioso que en dichos Centros se estima que las nuevas proposiciones del Imperio contienen, al parecer, bases de discusión que, de ser examinadas por los aliados y que exigen una contestación con un por parte de todos ellos.

Coincidiendo con este criterio, varios periódicos opinan que las proposiciones alemanas constituyen, cuando menos, el esquema de un plan razonable, y que representan un progreso real y efectivo con relación a las propuestas anteriormente hechas.

Por último, se dice que el Gobierno británico estudiará el lunes próximo la nota de Alemania después de haber cambiado impresiones con los aliados.

El *Messagero* afirma que las nuevas proposiciones de Alemania no contienen ningún elemento nuevo que permita una modificación de criterio. Por el contrario, estima dicho periódico que aportan nuevos temas de complicación y confusión.

El jefe del Gobierno, Sr. Mussolini, ha pronunciado un discurso en el Senado en el que ha dicho lo siguiente:

«La situación de Europa está dominada por la cuestión de las reparaciones. Alemania está obligada a pagar una cantidad que, de todas maneras, será inferior a la cantidad de cientos de miles de millones de que se hizo cuestión al día siguiente del armisticio.

Italia no admitirá ningún cambio territorial susceptible de introducir en Europa ninguna suerte de hegemonía política, económica o militar.»

Un dirigible destruido por un rayo

Nueva York 8.—El dirigible mayor del mundo, perteneciente, como se sabe, a la flota aérea de los Estados Unidos, ha sido completamente destruido por un incendio. Dos hombres de su tripulación han resultado gravemente heridos.

El incendio fué causado por un rayo.

El proyecto de tenencia de armas

El ministro de la Gobernación conferenció ayer extensamente con D. Melquíades Álvarez antes de que se abriera la sesión del Congreso, creyendo que para informarle de las líneas generales del proyecto de ley relativo a tenencia de armas.

Entre Inglaterra y Rusia

El delegado ruso Sr. Krassin y lord Curzon han llegado en principio a un acuerdo respecto a las relaciones entre ambos países.

Se asegura que el comisario de Negocios extranjeros de los «Soviets», Sr. Chicherin, irá a Londres para ultimar el acuerdo.

Revoltillo

La Asociación profesional de la Crítica dramática y musical, de París, ha celebrado un banquete.

Se pronunciaron discursos, se leyeron poesías y hubo un concierto. Suponemos que se criticaría equitativamente a oradores, poetas y músicos.

Al vaciar las entrañas de un pescado en un restaurante de Nueva York, fué encontrada una sortija de oro, con un brillante valorado en 120 libras esterlinas.

¡Sorpresa gratísima! Mucho más que la del canuto de «Los sobrinos del capitán Grant».

¡Y sorpresa enorme! Porque no se comprende que cargara con 120 libras un pescado que, según se añade, no pesaba más que dos.

En la verbena benéfica que se celebra esta tarde en el Retiro habrá un concierto con «jazz band», padureños y gitanillos.

¡Menudo pisto! ¡Y menuda jaqueca!

En Leipzig, en un choque entre policías y comunistas ha habido 10 muertos y 97 heridos.

«Reina ya el orden», agrega el telegrama. Sí. «La paz reina en Varsovia», que dijo el otro.

«En la Tenencia de Alcaldía del distrito de Chamberí se halla, a disposición de quien justifique ser su dueño, un bolsillo de señora.» Entonces será de quien justifique ser su dueño.

En uno de los teatro de París se va a estrenar un drama que se titula «El deber de matar».

Suponemos que la acción se desarrollará en Barcelona.

Donde se cumple concienzudamente con ese deber.

En la Sociedad de las Naciones se ha presentado otro proyecto de desarme.

Pero el proyectista se llama Requin (tiburón, en castellano).

Y los demás peces se han escamado.

Verdadera batalla en Leipzig

En los encuentros habidos ayer entre los comunistas y la Policía han resultado 10 muertos y 97 heridos. De estos últimos, 37 lo están de gravedad.

En la ciudad reina ahora el orden, al menos en apariencia.

Manifestaciones del director de Orden Público

El director general de Orden Público, don Carlos Blanco, al recibir esta mañana a los periodistas se manifestó que le habían producido gran sorpresa las aseveraciones que en su número de esta mañana hace nuestro estimado colega *El Debate* sobre un supuesto incidente ocurrido en el despacho de un alto jefe de la Dirección y una comisión de agentes que, según el colega, se presentó a dicho jefe para significarle el disgusto que reinaba entre la Policía de Madrid por algunos hechos acaecidos recientemente en Barcelona.

El director de Orden público cree que han sorprendido la buena fe del colega, por cuanto ni ante él ni ante ningún otro alto jefe de la Dirección se ha presentado desde hace algún tiempo comisión alguna de agentes.

«Si esta visita hubiera existido—dijo el Sr. Blanco—, yo no la ocultaría, ni mucho menos, por cuanto creo que uno de los principales deberes de todo aquel que lleva sobre sus hombros la pesada carga de un alto puesto, con todas sus responsabilidades, es escuchar en todo momento a sus subordinados para corregir defectos e injusticias, si es que en realidad existen.»

Y en esta ocasión, si el disgusto fuera por hechos ocurridos en Barcelona, la protesta, admitiendo que así se denomine a lo que pudiera ser consulta o ruego, vendría por conducto de jefe supremo de Policía de la capital del Condado... No existe tal visita, y repito que al diario matutino le han sorprendido en su buena fe.

También en otro periódico de la noche, en la *Correspondencia de España*, se dice por el Sr. Ledera, hablando de la Guardia civil, que ha retirado ciertos juicios hechos sobre la actuación de la Policía a requerimientos míos, aunque sin nombrarme.

Yo no puedo coartar, ni aun por medios amigables o de súplica, la libertad de un escritor para enjuiciar mi actuación como jefe de la Policía, estimando que el escritor y la Prensa realizan siempre una alta misión y todos debemos tomar en consideración cuantas advertencias se nos hagan.

Me extraña que se me atribuyan estas cosas, de las que soy completamente ajeno, y este sería el primer caso en que yo acudiera en súplica de que no se fiscalice mi actuación en cuantos cargos públicos he desempeñado...

Todos trabajamos con fe—terminó diciendo el Sr. Blanco—, y continuaremos trabajando llenos de entusiasmo, porque éste es nuestro deber...

Toda la correspondencia dirijase al Apartado número 320

EN EL CONGRESO

Discurso del Marqués de Alhucemas

El señor presidente del Consejo de ministros (marqués de Alhucemas): Tanto por haber anunciado el Sr. Cierva que los temas que ha presentado a la consideración de la Cámara en el día de hoy habrán de ser o jeto de un examen detenido en debates especiales, después que el Congreso esté constituido, cuanto porque me urge llegar a una parte interesantísima de su discurso, me habrán de permitir los señores diputados electos que me detenga muy poco en la parte primera del citado discurso.

Conste, señores diputados, que el Sr. Cierva requirió, y accedió con satisfacción a su requerimiento, que yo me encontrara en la Cámara cuando hubiera de desenvolverse este debate electoral, y que cuando se me hizo saber dije que vendría desde luego. Urgentes ocupaciones de Gobierno, de bastante notoriedad y harto públicas, me impidieron en los primeros días de la semana acudir al Congreso, porque entendí que mi deber, y espero que la Cámara lo entenderá como yo, me llevaba a atender primero a aquellos hondos problemas de urgencia verdaderamente inaplazables sometidos a mi consideración, que discutir lo que, después de lo todo, salvo algún tema interesante, el de las relaciones del Gobierno con el Tribunal Supremo, bien puedo decir que es un tejido de minucias electorales, análogas a las que se estaban examinando en cada una de las actas concretas que el Congreso resolvía.

Dije que no podía venir el jueves, ayer, por tener necesidad de acudir a un Consejo de ministros; pero, desde luego, me puse a la disposición del Sr. Cierva, del señor presidente y de la Cámara, para que se adoptara el criterio que se estimase más justo y conveniente, a fin de que el debate se desarrollara con toda amplitud: o venir hoy a la hora que lo he hecho porque aunque no he hablado en el Senado, Sr. Cierva, estaba requerido por el señor conde de la Mortera para que asistiera, pues quizá—me dijo—hubiera necesidad de asentimientos míos expresos a afirmaciones que él iba a formular, y además era inexcusable mi presencia al ocuparse el Senado, ya constituido, de un debate tan interesante como el de la cuestión de Marruecos; o, si no le parecía eso bien en esta segunda parte de la sesión de hoy, habilitar la tarde de mañana sábado, o la del lunes, porque yo deseaba que el asunto se discutiera con toda solemnidad y con todo detalle; o, en fin, en último término, Sr. Cierva, su señoría lo sabe, dedicar a ese asunto el martes, aunque se retrasase la constitución definitiva del Congreso, pues con ello yo no inferiría daño a nadie, por que aunque S. S. ha dicho que si, no hubiera empezado a hablar a las siete menos diez de la tarde hoy, hubiera planteado el debate con toda amplitud, sin temor a retrasar la constitución del Congreso, yo le contesto que como hasta ahora no se han estado discutiendo diversos dictámenes de actas, no se hubiese ahorrado nada de tiempo, porque lo que se adelantaba en el debate general electoral es tiempo que no se hubiera podido dedicar a la aprobación de actas, y por consiguiente la Cámara no podría constituirse el martes.

Doy estas explicaciones para que quede bien establecido que yo no he tenido empeño de ninguna clase en que el debate sea breve, que no depende de mí el que S. S. hoy no haga más que esbozar las cuestiones y se desenvuelva después. Es que S. S. así lo desea esa es su táctica parlamentaria; a mí me parece bien. A disposición de S. S. estoy hoy para contestar a la iniciación del debate, y mañana, cuando la Cámara esté constituida para desenvolverse con todos los detalles y con toda la amplitud que S. S. desee, y que yo también anhelo. (Muy bien en la mayoría.)

Decía S. S. que la opinión pública asiste indiferente a estos debates y que eso demostraba un gran desvío hacia el Parlamento, acentado en la ocasión presente. Yo, permítame S. S. que se lo diga, doy una interpretación distinta a que en este caso la opinión pública permanezca indiferente, y la interpretación que le doy es que cuando ve que esta Cámara se va a constituir al noveno día de haber sido llamada, cosa que no ha ocurrido jamás; cuando el país sabe que, entre diputados elegidos por el artículo 29 y diputados que han traído sus actas completamente limpias, constituyen el número de 281; cuando ve que ha habido menos actas protestadas que en ningunas otras elecciones, tiene que reconocer que se han verificado de manera distinta a como estábamos acostumbrados y a como se verificaban en tiempos que yo no quiero recordar. Y todo ello sin olvidarse de que la opinión pública está deseosa de que se constituya el Congreso, para tratar de temas urgentes.

Decía después el Sr. Cierva que este Gobierno subió al Poder con gran estrépito, interrumpiendo un debate, impidiendo que él continuara haciendo uso de la palabra mostrándonos como seres purísimos que veníamos a lograr la regeneración del país de modo milagroso. Pero está en la conciencia de todo el mundo lo ocurrido entonces, pues es bien público y notorio que en discursos pronunciados en días casi cotidianos con el que se produjo la caída del partido liberal-conservador, del Gobierno que presidía el señor Sánchez Guerra, oradores e esta Cámara, pertenecientes

a la concentración de izquierdas gubernamentales, manifestaron que la concentración lo deseaba el Poder, no aspiraba entonces al Poder. Y siendo esto así ¿podíamos tener alguna culpa o responsabilidad, Sr. Cierva, en que S. S. se quedara a mitad del discurso y no pudiera contestar al Sr. Cambó en los términos en que S. S. anunció que pensaba hacerlo, o, por el contrario, fué el jefe ilustre del partido liberal-conservador el que estimó que era su deber plantear la crisis, y la planteó en aquellos términos rápidos, enérgicos, radicales, decisivos, que hicieron que a los pocos minutos tuviera yo el honor de ser llamado a la Cámara regia para ser encargado de formar Gobierno?

Nosotros no vinimos, pues, asaltando el Poder; nosotros vinimos a él por la necesidad de no dejarlo desamparado, en la calle, cuando el partido liberal-conservador, por boca de su ilustre jefe, había declarado que no podía continuar en el Gobierno, y cuando, por lo visto, la Corona estimó, y a mi juicio estimó muy bien, que no era oportuno, mirando a los intereses de la Patria, que los otros elementos del partido conservador, que esas ramas de tronco a que aludia S. S., vinieran a ocupar el Poder. (Muy bien, muy bien en la mayoría.—El señor marqués de Lema: Habría que discutir todo lo que precedió a esa tarde, y la conducta de S. S. también habría que discutirla.) Muy bien; a disposición de S. S. estamos con muchísimo gusto. (El señor marqués de Lema: ¡Ya lo creo que los discutiremos!) Lo discutiremos. ¡No faltaba más! Nosotros venimos dispuestos a hablar muy claro y a que nos entienda todo el mundo. (Muy bien, muy bien en la mayoría.—El señor marqués de Lema: Más claro venimos nosotros dispuestos a hacerlo.)

Conste, pues, Sr. Cierva, que ni nosotros vinimos con estrépito..., es decir, con estrépito sí; pero fué con el que produjeron el señor Cambó y S. S., y con el estrépito que produjo el señor presidente del Consejo de ministros, que estimó que era lo más conveniente para las fuerzas conservadoras, y para que abandonara el Gobierno y se suspendieran las sesiones de Cortes. (Muy bien en la mayoría. Run ores en la minoría conservadora.) No vinimos con estrépito por nuestra parte, ni vinimos pretendiéndolo, ni nos presentamos al país como hombres superiores, como grandes dioses, según nos ha llamado S. S. No; ya sabemos que los grandes dioses se encuentran en otros sectores de la Cámara. (Muy bien, muy bien en la mayoría.) Vinimos modestamente, en cumplimiento de nuestro deber, para no dejar desamparada a la Corona y para realizar un programa que estimamos beneficioso a nuestro país: a practicar en el Gobierno aquello que habíamos predicado en la oposición. Y no dijimos en la declaración ministerial, ni hemos dicho jamás, que nosotros vinimos a hacer justicia; hemos dicho siempre—lo sostenemos ahora y lo proclamamos muy alto—que venimos, sí, decididos a poner los medios para que la justicia se haga, porque lo que sí es cierto es que nosotros hemos hecho bandera de las responsabilidades. (Muy bien en la mayoría); que con esa bandera hemos pedido el sufragio a nuestros conciudadanos y hemos obtenido una gran mayoría en los comicios, y que faltaríamos a todos nuestros deberes y a todos nuestros sentimientos, si no mantuviéramos ese propósito desde el Poder tan firme como lo predicamos en la oposición y como hemos defendido durante el período electoral.

Estamos decididos a que se busquen los medios para que se exijan las responsabilidades. (Muy bien, muy bien. Aplausos en la mayoría.); las responsabilidades, naturalmente, a los responsables; a vosotros y a nosotros, a los que lo sean o los que lo seamos; que nosotros no creemos que vosotros sois los únicos culpables y que nosotros estemos exentos de culpa. Lo que queremos es que esta cuestión se encauce, que se analice, que se estudie; las responsabilidades se depuren y, en definitiva, se exijan, porque creemos que esta es una gran obra de saneamiento para la política de nuestro país y de impulso para el renacimiento de España. (Muy bien, muy bien.—Aplausos en la mayoría.—El señor marqués de Lema pronuncia palabras que no se perciben claramente.—El Sr. Armiñán: Su señoría no debe hablar. Fuertes protestas en la minoría conservadora. Muy bien, muy bien, en la mayoría.)

El señor presidente: ¡Orden, señores diputados; orden! (Continúan los rumores en toda la Cámara.—El señor marqués de Lema pronuncia, dirigiéndose al Sr. Armiñán, palabras que no se perciben claramente.) ¡Orden, señor marqués de Lema!; con esos diálogos es imposible que pueda continuar la sesión.

Continúa en el uso de la palabra el señor presidente del Consejo de ministros. El señor presidente del Consejo de ministros: Aun cuando ya en una interrupción me apresuré a decir al Sr. Cierva que me consideraba directa, personalmente responsable de la política electoral del Gobierno, y que, por consiguiente, de esas culpas que su señoría va a examinar al estudiar los diversos casos que ofrecen las elecciones últimas, y supongo que S. S. será justo para todos y cuando encuentre esos delitos en las que acaban de

